

PRIMER ENCUENTRO DE TEATRO GATO

La Ceja del Tambo Noviembre 12 al 16 de 2009

Romance de Don Perlimplín con Belisa en su Jardín

Máscaras y Paradojas – La Ceja del Tambo

El Amor Infinito de los Difuntos

Las flores artificiales del jardín y las cortinas de sangre del balcón, cuando la luz hizo su primer parpadeo, fueron el presagio de la amorosa tragedia. El escenario se presenta como una obra pictórica que empieza a desentrañar las cosas ocultas del matrimonio y todas las causas del sí y del no que se desatarían durante toda la puesta en escena. Un hermoso y viejo hombre, del que uno podría enamorarse con extrema facilidad, recorre el jardín de la “blanca” Belisa. Cuando los demás personajes van apareciendo, van develando con delicado estruendo el gusto del director por el apasionante mundo de lo andrógino, de la frontera sutil -casi borrada- entre lo femenino y lo masculino: Don Perlimplín esbelto hombre de una actriz que se entrega con pasión a la dulce tragedia de hacer teatro; la madre de Belisa una pajarraca que da cuenta de un actor silencioso que halla su mujer en la escena; Marcolfa, la criada fisgona y confidente de Don Perlimplín atrapada en un decrepito cuerpo, prestado por un actor que se desdibuja con fogosidad para ser otra. ¿Y dónde están las mujeres de las mujeres, en la muerte, en la sangre, en la agonía? (Hasta el Movimiento Gato es hermafrodita, no es Gato es Gata y se llama Crispeta). Otra escena se teje en el mundo de las siluetas y los reflejos, personajes que se alargan, que son y no son, que quieren ser cine prehistórico o sombras de la china o comics o fotografías en blanco y negro. Y llega la noche de boda con toda su turbulencia, la noche leve, pintada con penumbras, allí todo el terror de lo bello, del cuerpo que se desnuda para el grito, el alarido, el espasmo y el penúltimo suspiro, al son de guitarras rasgadas. Belisa dice “el que me busque con ardor me encontrará”. Sobre sus vestuarios blancos blancos blancos, todos los colores la poseen, el rojo empieza a insinuar sangre. Un escalofrío parecido a la risa obligada irrumpe el escenario con una escenografía, que es actor o actriz (ya uno no sabe con tanta confusión genital), se mueve, danza; la escena -como el universo- se construye y deconstruye todo el tiempo, por sí misma; esa escenografía actuante engendra unos seres lujuriosos, demonios con cualquier sexo, gatos a ratos, sex clown, la ópera del miao miao, violan el lecho nupcial hasta brotar los ojos y reparten cuernos, se encabritan. La alegre traición y el apacible placer de la infidelidad. Vámonos ya compadrillo!!! Ya despertaron el diablo interior del espectador, no tienen nada más que hacer. Una tela roja es el río de sangre de las heridas de amor de Don Perlimplín “Ruiñón Herido, muerto de amor”; la fiel criada nos regala una imagen devastadora, trapea la sangre de su amo como el orín de los perros o los gatos. Luego, casi de inmediato, sale Belisa destilando la sangre de “su amado”, usa una delgada toquilla que estremece, la acompaña una fúnebre cartera, todo ello sobre blanco; qué perversidad voluntaria la del director, que trágico jueguito del que nos hace cómplices; el espectador es una de esas cinco personas que furtivamente entran por el balcón de Belisa (negro, indio, amarillo, blanco o norteamericano), por ese mismo balcón entran las cartas de amor anónimas “con nombre”, que le darán el funesto giro a la historia. Las voces de los personajes lentamente se vuelven acuerdo voluntario, uno las incorpora y hasta no podría soportar que tuvieran otra voz. La fiesta (¿fiesta?) brava, el cante jondo, el flamenco, acompañan la metáfora de la infidelidad provocada, para que triunfe la imaginación, todo ello desemboca: en un jardín de sangre, al torero cruento sobre la arena apuñalado por sí mismo con una hoja de esmeraldas, al taconeo desafiante de la bailarina, al cielo que cae sobre la espalda sudorosa, al sacrificio del joven amante viejo. Don Perlimplín se vistió de muerte roja para Belisa, ella –poseída por avernos- contemplando el cadáver, aún espera al joven de la capa roja y se hace sacra mujer esparciendo polvo y cuerpo por los pianos del dolor. Máscaras y Paradojas deleita con la poética de los detalles, de las insinuaciones, de lo casi imperceptible.

(Kamber)



PRIMER ENCUENTRO DE TEATRO GATO

La Ceja del Tambo Noviembre 12 al 16 de 2009

La Urbe

Giros – Marinilla

Extramuros del Caos

Bajo el techo estrellado de Disco Billar hiede a olvido. En esos rincones de la ciudad marginal todo puede pasar. Allí, en la periferia de la posmodernidad, en ese escenario límite de la nada, florece la historia de La Urbe. Personajes que son de nuestro día a día se toman la escena y uno empieza a imaginar asesinatos, peleas callejeras, riñas amorosas, droga extrema, seres de barro y miedo como dice Kraken Tres, pero ¡no! aparece portentosamente la música; primero en voz baja, hasta que todos los deshechos se hacen instrumentos musicales en voz alta. La música y el cuerpo se perfilan como el brazo que nos guiará por esas historias que se van insinuando en el escenario. Son seres perdidos entre las estructuras verticales y el asfalto de cualquier urbe. Las calles, sirvientes de nuestra destrucción, allí la música es un breve retraso de lo inevitable. El director se vale de todo para conducir a sus actores-bailarines hacia un manojo de historias urbanas, se vale de todo para crear su escenografía musical, canecas, botellas, escaleras, hierros, basura doméstica; una escenografía que alberga y suena. Afuera el traqueteo de las bolas de billar se suma a lo musical. Se busca música en la inmundicia, informes en La Urbe. Hay una relación confusa entre un punk y un hip hop, que nacieron en ese mismo subterráneo; la percusión como voz del texto dramático hila, uno puede traducir esos diálogos desde la fuerza y la gestualidad. Para seguir jugando al teatro, el director hecha mano de la coreografía fragmentada y atiza de igual modo sus historias: Mujeres en la filigrana del abandono, sin voz pero con cuerpo, carpintero de las cocinas rotas, las revistas que venden la dignidad por cuotas, los besos escondidos bajo las escaleras, los amoríos de *hombres con hombres, mujeres con mujeres, del mismo modo, y en sentido contrario*, los autómatas de los supermercados y la podredumbre del crimen latente, las paredes como únicos cuadernos para desahogarse contra el apestoso templo del consumo. Break y humo denso para podrirse en la melodía. Indiferencia diferente. Tolerar la intolerancia. Donde no hay nada hay música, hay acordes (y también la corporación). La puesta en escena de La Urbe, logra el vértigo en las canecas de vinilo, nos asoman al miedo pero no empujan por otros caminos, por los que uno transita con una tensa calma, dos tragos de abismo son suficientes para percibir la poética de la derrota. Una actriz canta como un ángel en medio del árido escenario citadino. Me importas tú y tú y tú y nadie más que tú... que se quede el infinito sin estrellas... Para darnos la bienvenida al caos total. Personajes y espectadores se bañan con las aguas tóxicas del olvido de la no memoria del no tiempo de la debacle; lluvia ácida con música de fondo. Nadie se salva todos somos un *container* de cuerpos tóxicos tipo exportación (extirpación). Un sabor agrídulce queda, junto con unas ganas de bailar toda la noche, ebrios de teatro.

(Kamber)

